

ERA CON LOS SEIS

María Inés Casanovas Nión



Capítulo 1

ERA CON LOS SEIS

Ese día, en el desayuno, el abuelo nos comentó que le estaba por llegar por encomienda algo que había pedido a Buenos Aires. Los seis hermanos lo miramos, sus ojos parecían más celestes que de costumbre detrás de esos lentes de vidrios redondos. Su temprana calvicie hacía que se viera más viejo, aunque solo tenía 58 años, un gesto adusto y muy misterioso invadía su rostro. Todos seguimos desayunando pero en silencio, devanándonos los sesos por el anuncio del abuelo.

—¿De qué se trata? —preguntó el mayor.

—No les puedo adelantar nada hasta que llegue.

Durante varios días observamos todos los gestos del abuelo buscando alguna respuesta a aquel anuncio. Una tarde, a la hora de la siesta, salió rumbo a la estación de trenes. Volvió en un coche y nos pidió ayuda para bajar dos paquetes envueltos en papel madera. Lo que fuere, pesaba bastante a juzgar por cómo se enrojecieron las mejillas de mis hermanos mayores. Lo llevaron al comedor y todos, sin ser llamados, fuimos como moscas a la miel. Sacó con mucho cuidado el papel y quedó expuesta una caja de madera bellísima, y en el otro paquete una caja de cartón duro.

—Hoy, ni bien baje el sol vamos a ir al río para ver si funciona, tenemos que organizar esa salida, díganle a su madre que les prepare algo para comer —dijo el abuelo.

Por más que miráramos las cajas no nos dábamos idea de los respectivos contenidos. La de madera era muy parecida a la de los trebejos del juego de ajedrez de la familia, que contaba con una tapita que se deslizaba y dejaba ver un interior forrado en paño lency verde. Pero estaba trabada con una cerradura cuya llave guardó mi abuelo en el bolsillito de su chaleco. Ambas tenían como única inscripción etiquetas con la procedencia "Made in London" y debajo decía "six grandchildren".

Elucubrábamos varias posibilidades, murmurándolas o en absoluto silencio. Ya sabíamos lo recto que era el abuelo y, si él decía que íbamos a saberlo todos juntos a la orilla del río cuando cayera el sol, así iba a ser.

La camioneta estaba lista, nosotros bañados y cambiados, la ansiedad era enfermante. Eran las siete de la tarde y mis trenzas pugnaban por deshacerse cuando el abuelo dio la orden:

—Chicos ayúdenme.

Y ahí estábamos todos llevando las cajas al auto. El pueblo era un pañuelo y tardamos más en cargar las cajas y subirnos que en llegar a la vera del río. Ni bien el abuelo estacionó todo fue mágico. Nunca hicimos tanto silencio como en esos momentos, no había peleas, reclamos o celos. Pusimos una gran manta en el piso, sobre ella las cestas, los almohadones, el banco del abuelo y la sillita de la más pequeña. El horizonte estaba colorado, y la paz era solo turbada por alguna que otra hormiga o mosquito que molestaba de vez en cuando. Acatando sugerencias, comimos algo antes de abrir los "paquetes".

Luego de comer, metimos las cestas en la parte de atrás del coche para poder tener mayor espacio. El abuelo comenzó por la caja de cartón. Con ayuda de una pinza desató las presillas metálicas que ajustaban la estructura, de esa forma quedó en evidencia una bolsa de terciopelo rojo sujeta con un cordón de seda negro. Despacio fue apareciendo un trípode, enorme, pesado pero solo eso, un trípode. Él solía sacar fotos con una cámara de fuelle que se agrandaba y achicaba según se quisiera y luego se guardaba en un estuche de cuero negro. Lo lógico era pensar que nos iba a mostrar una nueva cámara fotográfica, pero no, dentro de la misma bolsa roja había seis varillas (estaban contadas). Eran de materiales extraños, ni metal, marfil, o madera, pero parecían todo eso, eran distintas, la mía era del color de las teclas blancas de un piano viejo con detalles en metal cobrizo, era rarísima y hermosa, algunas eran de un material parecido al ébano pero rugosas y con incrustaciones en nácar, no podíamos dejar de mirarlas y de preguntarnos para qué servirían. Cada una tenía un número romano debajo, la mía decía V.

—Listo— dijo el abuelo y se dispuso a abrir la pesada caja de madera. Luego agregó: —¿Todos prestaron atención a su varilla?

—Sí, abuelo.

—¿Se acuerdan que les enseñé los números romanos?

—Sí, abuelo.

—Bien— concluyó.

Tomó la llavecita que había colgado de una cadenita en su cuello y, una vez abierta la pequeña cerradura, todos vimos por primera vez el telescopio. Estaba desarmado pero tenía sus instrucciones precisas. Entre el abuelo y los mayores separaron prolijamente las partes, la principal era un gran tubo de metal gris oscuro; había partes muy delicadas: lentes de distintos colores, algunos enormes otros más pequeños, espejos de varias formas, tornillos, arandelas, herramientas para su armado, instrucciones precisas en una especie de plano. Las más chicas mirábamos ya que no

teníamos ni la fuerza ni el conocimiento para ayudar, pero era vital que estuviéramos allí, sin los seis nietos no funcionaba.

El armado llegó a su fin a la hora de comenzado. La última pieza fue una abrazadera color oro que era, además de bella, la pieza con la cual se iniciaba todo. Una vez colocada, seis orificios, hasta ahora invisibles, se encendieron. El abuelo siguió leyendo las instrucciones, el mayor debía iniciar colocando su varilla en el orificio correspondiente. Así lo hizo y el río tomó un luminoso tono turquesa. Nuestros ojos no daban cuenta de lo que veían, esa luz proveniente del agua nos dejó ver que, del otro lado, apareció una cabra enorme con cuernos brillantes, saludó inclinando su cabeza y se recostó en el pasto. Le tocaba al segundo que ni bien introdujo su varilla en el telescopio vio cómo dos ángeles gemelos con alas brillantes descendieron en silencio, se miraron, bajaron la cabeza a modo de saludo y se pararon al lado de la cabra. La tercera nieta hizo lo propio con su varilla: todos vimos maravillados que, al trote pero en silencio, cabalgó un centauro que en posición de reposo traía entre sus brazos un arco y una flecha tan refulgente que enceguecía; saludó con una leve inclinación de su barbilla. El cuarto nieto sin suponer que iba a suceder introdujo su varilla en el telescopio y una virgen bellísima con alas blancas y fosforescentes tomó forma corpórea al lado del centauro y juntó sus manos a modo de saludo. Yo (la quinta) introduje la varilla que me había tocado y, para mi sorpresa, un enorme y brillante escorpión tomó forma al lado de los demás personajes, sus tenazas eran rojas y fulgurantes, a quien lo veía daba miedo, a mí me intrigaba; saludó con su aguijón primero erecto y luego en reposo. Solo faltaba la más pequeña: la ayudé a introducir su varita ya que por su estatura no llegaba. Cuando lo hizo una virgen muy similar a la que ya había aparecido con el cuarto nieto tomó forma al lado del escorpión, sus alas eran violetas, bellísimas; saludó con una pequeña inclinación.

Cuando el último personaje se corporizó, todos miraron al cielo y allí estaban las constelaciones de los seis nietos, sus signos solares en distintos colores. Fue fácil identificarlas pues cada una con colores distintos bañaba al nieto correspondiente.

—Parece que funciona mejor de lo que yo pensaba —dijo el abuelo.

Nos explicó cada constelación, la energía de cada signo, era fascinante. Capricornio, Géminis, Sagitario, Virgo, Escorpio y podía seguir, el conocía mucho de astrología por haber leído desde muy joven y por el astrólogo del lugar, el Sr. Lois, que estaba en el pueblo desde hacía tres generaciones, y era el referente en temas astrales. El abuelo lo consultaba cada vez que nacía un nieto, él le hacía un dibujo en un papel especial, lo comentaba con mi mamá y luego lo guardaba con celo.

—Solo se le puede pedir esta primera vez que nos dé una señal —dijo el abuelo—. Para eso yo tengo que accionar esta segunda llavecita bastante oculta.

Al hacerlo todas las figuras que estaban del otro lado del río miraron a la cabra. La misma bajó la mirada con tristeza, se despegó del piso y levitó, luego se elevó hacia el cielo y desapareció de nuestra vista. Todas las figuras bajaron la cabeza, en signo de profundo pesar. Fue la primera vez que vimos una lágrima rodando por la mejilla del abuelo.

El mayor desapareció el 20 -11 -1976.